

solamente se salvaron: murieron en combate veinticinco mil turcos; quedaron cautivos cinco mil; tomáronlos los coligados ciento diez y siete cañones gruesos y doscientos cincuenta de menor calibre: mas de doce mil cristianos que llevaban cautivos y como remeros los musulmanes vieron rotas sus cadenas y recobrada su preciosa libertad. También los cristianos tuvieron pérdidas lamentables: murieron cerca de ocho mil valerosos guerreros y marinos; de ellos dos mil españoles, ochocientos del pontífice y los restantes venecianos (1). Quince solos bajeles se perdieron. En cambio los fanales de oro, las banderas de púrpura bordadas de oro y plata, las estrellas y la luna, las colas del bajá, fueron preciosos trofeos que recogieron de la batalla los aliados.

Tal fué en resumen el famoso combate naval de Lepanto, el mas famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos, por el número de velas, por el esfuerzo y valor de los combatientes, por la destruccion tan completa de una armada tan formidable como la otomana. Los genizaros dejaron de ser invencibles, y la Sublime Puerta debió perder su supremacía en el Mediterráneo (2). Así hubiera sido si los vencedores hubieran sabido sacar todo el fruto de la victoria, y no hubieran obrado con el desacuerdo y la negligencia que luego veremos. Don Juan por lo menos significó su deseo de acometer alguna empresa que acabara de aterrizar y amilanar á los turcos: pero tratado el asunto en consejo, como él acostumbraba, dividiéronse, como solian también, los pareceres, y aunque al fin se determinó sitiarse la fortaleza de Santa Maura (la antigua Leucadia), ni siquiera hubo perseverancia para esto, y se mudó de propósito considerando la empresa los enviados á reconocer el fuerte como mas lenta y difícil que útil y provechosa. Solemnizaron, pues, los vencedores su triunfo con una festividad religiosa (14 de octubre), y se acordó en consejo que cada jefe de los aliados se retirara á invernar con su respectiva escuadra. Resolución funesta, que equivalía á malograr el mas insigne de los triunfos, dando espacio á los enemigos para rehacerse, y no dejando siquiera donde hacer pié para lo que hubiera de emprenderse mas adelante. Distribuyóse, pues, la presa, segun lo pactado en la Liga, y comenzaron á dividirse las escuadras (24 de octubre), tomando la vuelta de Italia. Partió don Juan con la suya el 28 de Corfú, y el 31, despues de vencer recios temporales, se halló de regreso en Mesina, donde supondríamos, aunque las historias no nos lo dijeran, el entusiasmo y el júbilo y la magnificencia con que sería recibido y agasajado.

En Venecia se consagró una capilla particular de la iglesia de San Juan y San Pablo á perpetuar la memoria de la Santa Liga y el gloriosísimo triunfo de Lepanto. El cíncel de Vittoria y el pincel de Tintoretto recuerdan todavía aquel gran suceso con obras de que puede envanecerse la antigua reina del Adriático; la fachada del arsenal se decoró con esculturas alusivas al mismo asunto, y el senado decretó que el 7 de octubre se solemnizara todos los años como fiesta religiosa y política.—En Roma hizo Marco Antonio Colonna una entrada semejante á las de los antiguos triunfadores, subió al Capitolio, consagró una columna de plata al altar de Nuestra Señora en la iglesia de Araceli, y á él le fué erigida una estatua de mármol. El papa Pio V, el gran promovedor de la Liga, exclamó:

(1) Los principales capitanes que murieron fueron: don Bernardino de Cárdenas, su sobrino don Alonso, don Juan de Córdoba, Agustín de Hinojosa, don Juan de Miranda y don Juan Ponce de Leon.—De los venecianos, Agustín Barbarigo, Benito Lozano, Marino y Jerónimo Contarini, Marco Antonio Lando, Vicencio Quirini, Andrés y Jorge Barbarigo, y algunos otros: el gran baillío de Alemania, el conde de Briatico, napolitano, y otros muy valerosos, aunque de menos nombre.

(2) Son muchas las relaciones que hay y hemos visto de esta memorable batalla. Cotejadas las de los italianos Contarini, Foglietta, Caraccioli, Parutta, Diedo, Gratiani y otros, con las de los españoles Herrera, Torres y Aguilera, Servía, Vander Hammen, Cabrera, con las manuscritas de la Biblioteca nacional, del archivo de Simancas, y de los de Villafraña y Osuna, é insertas en el tom. III de la Colección de Documentos inéditos, con la del mismo Hadschi-Chalfa, citado por Hammer en la Historia del Imperio Otomano, etc., todas convienen en lo esencial de los sucesos, y solo varían en cuanto á algunos incidentes y circunstancias accesorias, así como en las cifras de naves, soldados, bajas de cada ejército, etc., como acontece siempre en las relaciones de sucesos de esta naturaleza.

mó llorando de alegría y aplicando á don Juan de Austria las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*.—En la corte de España, donde llegó la noticia por la embajada de Venecia antes que por don Lope de Figueroa, á quien don Juan habia despachado al efecto, produjo también unánime alborozo. Comunicósele al rey en el Escorial el caballero de su cámara don Pedro Manuel, en ocasion que S. M. rezaba las vísperas de Todos Santos en el coro bajo de la iglesia provisional (que ni el templo ni el coro principal estaban todavía concluidos), y continuó el rezo con impasible serenidad, sin alterarse ni demudarse, hasta que se acabaron las vísperas: luego mandó al prior Fr. Hernando de Ciudad-Real que estaba á su lado, que en accion de gracias por la nueva que acababa de recibir se cantara el *Te Deum* (3).

A pesar de tan justo entusiasmo, indicamos antes que la victoria, tan gloriosa y tan grande como fué, estuvo léjos de producir el fruto que hubiera sido de desear, ni aun el que se hubiera podido recoger. Los sucesos nos lo irán demostrando, y las causas se irán descubriendo.

Pasada la primera impresion de asombro y de consternacion que causó en Constantinopla el desastre de Lepanto, recobróse el sultan Selim, y merced á los consejos y á los esfuerzos del gran visir y del gran mufti no tardó en demostrar al mundo que los recursos de la Sublime Puerta no se habian agotado, ni enflaquecido tanto como podia pensarse su poderio. En el inmediato diciembre Uluch-Ali con las galeras que habia podido salvar, y con las que pudo recoger de los puertos del Archipiélago, juntó hasta ochenta y siete velas, con las cuales entró en Constantinopla, con lo cual disimuló algo la intensidad del descalabro. El sultan le nombró Kapudan-Bajá, ó gran almirante, y mudó su nombre de Uluch en el de Kilich, que quiere decir la Espada. Dedicáronse á la construccion de nuevos buques en los arsenales del imperio, y en un invierno se fabricaron ciento cincuenta galeras y ocho gabarras. Habiendo hecho observar el bajá al gran visir que era fácil construir bajeles, pero que no le parecia posible proporcionarse en tan poco tiempo quinientas áncoras y todos los demás útiles y material correspondiente: «Señor bajá, le contestó el visir Sokolli, el poder y los recursos de la Sublime Puerta son tales, que si fuera menester, les pondríamos jarcia de seda y velámen de damasco.» Kilich Ali se dobló hasta la tierra en señal de respeto y admiracion. Como el baillío de Venecia, que aun permanecía en Constantinopla, se presentara un dia al gran visir, «¿Venís á saber, le preguntó Sokolli, cómo está nuestro ánimo despues de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre vuestra pérdida y la nuestra. A vosotros, arrancándoos un reino, os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habeis cortado la barba: el brazo no retoña, y la barba crece mas espesa.» Y no era baladronada del visir, porque en el mes de junio (1572) se lanzó al mar á caer sobre Candia la nueva armada turca compuesta de mas de doscientas velas.

¿Qué habian hecho entre tanto los confederados?—Por el te-

(3) Memorias del monje fray Juan de San Jerónimo.—Tom. III de la Colección de Documentos, pág. 256.

Son infinitos los monumentos y recuerdos que las letras y las artes han dedicado á celebrar la victoria de Lepanto y á ensalzar al afortunado príncipe que mandaba las fuerzas de la Liga. Entre los primeros podemos contar la *Austriada* de Juan Rufo, el Poema de Jerónimo Corte Real, el Canto XXIV de la *Aracana* de Ercilla, otro poema latino de don Antonio Agustín, otro de don Pedro Manrique, la Historia poética de Juan Puyol, una Descripción de la Guerra y Batalla, por Ambrosio de Morales, varios Romances sobre la Liga y la Batalla, y otras muchas obras en prosa y verso; y sobre todo, el célebre canto de Fernando de Herrera:

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero...

Pertenece á los segundos, el famoso cuadro del célebre Tiziano representando la victoria de la Liga que se halla en el Real Museo de esta corte, la medalla que se acuñó en memoria del combate, y existe en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional, los altares, mesas, estatuas, cuadros, etc., que se conservan en España, en Roma, en Venecia y en varias otras ciudades de Italia. Y todavía se enseñan en la Armería Real de esta corte, entre varios objetos de la batalla, el casco de Ali y las armas de don Juan de Austria.



Fig. 1. Casco de acero en forma de turbante: caftan ó túnica de brocado de plata y oro. 2. Clic ó sable del almirante turco Ali Bajá. 3. Casco perteneciente al mismo. 4. Celada turca.

(Todas estas objetos se conservan en la Armería Real de Madrid.)

